



ORDO PRÆDICATORUM
Curia Generalitia

Domingo de Pascua

5 de abril de 2026

Prot. 50/26/160 Letters to the Order

**« ¡La paz sea con vosotros! Como el Padre me envió a mí,
así yo os envío a vosotros. » (Jn 20, 21)**

Queridos hermanos y hermanas:

¡El Señor ha resucitado, aleluya! Somos un pueblo pascual, como nos recuerda Agustín de Hipona, y el *aleluya* es nuestro canto. Sin embargo, el saludo más profundo de este tiempo santo es el que proviene del mismo Cristo resucitado: «La paz esté con vosotros».

El Misterio Pascual, la muerte y resurrección del Señor, restaura nuestra comunión con Dios y entre nosotros, una comunión herida y quebrantada por el pecado. El Resucitado se hace presente en medio de nosotros y nos ofrece el don de su paz. En el Evangelio según san Juan se nos dice que la misión de Jesús es reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos (Jn 11, 52). En efecto, en su gran oración sacerdotal, eleva los ojos al Padre e intercede por nosotros: «para que todos sean uno, Padre, así como tú estás en mí y yo en ti» (Jn 17, 21). En verdad, es la voluntad de Dios que toda la humanidad viva en armonía y unidad. Las divisiones, las discordias, los conflictos y las guerras oscurecen este designio divino y nos alejan de Dios y unos de otros.

Durante la primera semana de Cuaresma, visitamos a nuestros hermanos en el convento de *Saint-Étienne* y en la *École Biblique et Archéologique Française* de Jerusalén. Paradójicamente, la ciudad cuyo nombre significa «paz» ha estado tan a menudo marcada por el conflicto, la división y el sufrimiento. Por la providencia de Dios, pudimos regresar a Roma apenas dieciocho horas antes de que comenzaran los bombardeos.

Al volvernos hacia nuestro hermano Tomás de Aquino, descubrimos una visión profundamente cristiana de la paz, que habla con particular urgencia a nuestro tiempo. Él enseña que la paz es, en cierto sentido, obra de la justicia, en cuanto la justicia elimina los obstáculos que la impiden; pero, más profundamente aún, la paz es obra de la caridad, porque la caridad, por su propia naturaleza, produce la unidad (*Summa Theologiae* II-II, q. 29, a. 3, ad 3).

Cuando la caridad, el amor mismo de Dios, echa raíces en nosotros, hace surgir una verdadera comunión. Sana lo que está dividido y restaura lo que ha sido quebrantado.

Nos permite ver a los demás ya no como extraños o adversarios, sino como hermanos y hermanas. Donde florece la caridad, no solo nos abstenemos de hacer daño, sino que comenzamos a querer el bien del otro. Y este querer el bien del otro es el verdadero fundamento de la paz. Por eso, la Iglesia no deja de llamarnos a la caridad, sabiendo que allí donde habita el amor auténtico, la paz comienza a brotar y a crecer.

Como nos recuerda el Papa León, a veces podemos sentirnos impotentes ante las muchas guerras y divisiones que afligen a nuestro mundo. Sin embargo, no estamos sin respuesta: «Los creyentes pueden, ante todo, dar voz a la oración. La oración es una fuerza “desarmada” que busca únicamente el bien común, sin exclusión. Al orar, desarmamos nuestro ego y nos volvemos capaces de gratuidad y sinceridad». Perseveremos en una oración ferviente por la paz en nuestro mundo, especialmente por nuestros hermanos y hermanas que padecen las pruebas de la guerra y del conflicto, para que el Señor les consuele en su aflicción y les conceda su paz; y para que nosotros, hechos verdaderos constructores de la paz, seamos llamados hijos e hijas de Dios.

La paz es a la vez una gracia que se nos concede y una misión que se nos confía. El Resucitado saluda a sus discípulos con la paz y luego les confía una misión: « ¡La paz sea con vosotros! Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros ». En aquel primer día de Pascua, los *discípulos* se convierten en *apóstoles*; quienes lo seguían ahora son enviados. Así también nosotros: habiendo recibido la paz de Cristo, somos enviados a llevarla al mundo, a anunciar, con la palabra y con la vida, la Buena Nueva de la Resurrección.

Que la alegría del Señor resucitado llene sus corazones.

¡Felices y santas Pascuas para todos! *¡La paz esté con vosotros!*

Vuestro hermano en santo Domingo,


Fray Gerard Francisco Timoner III, OP
Maestro de la Orden